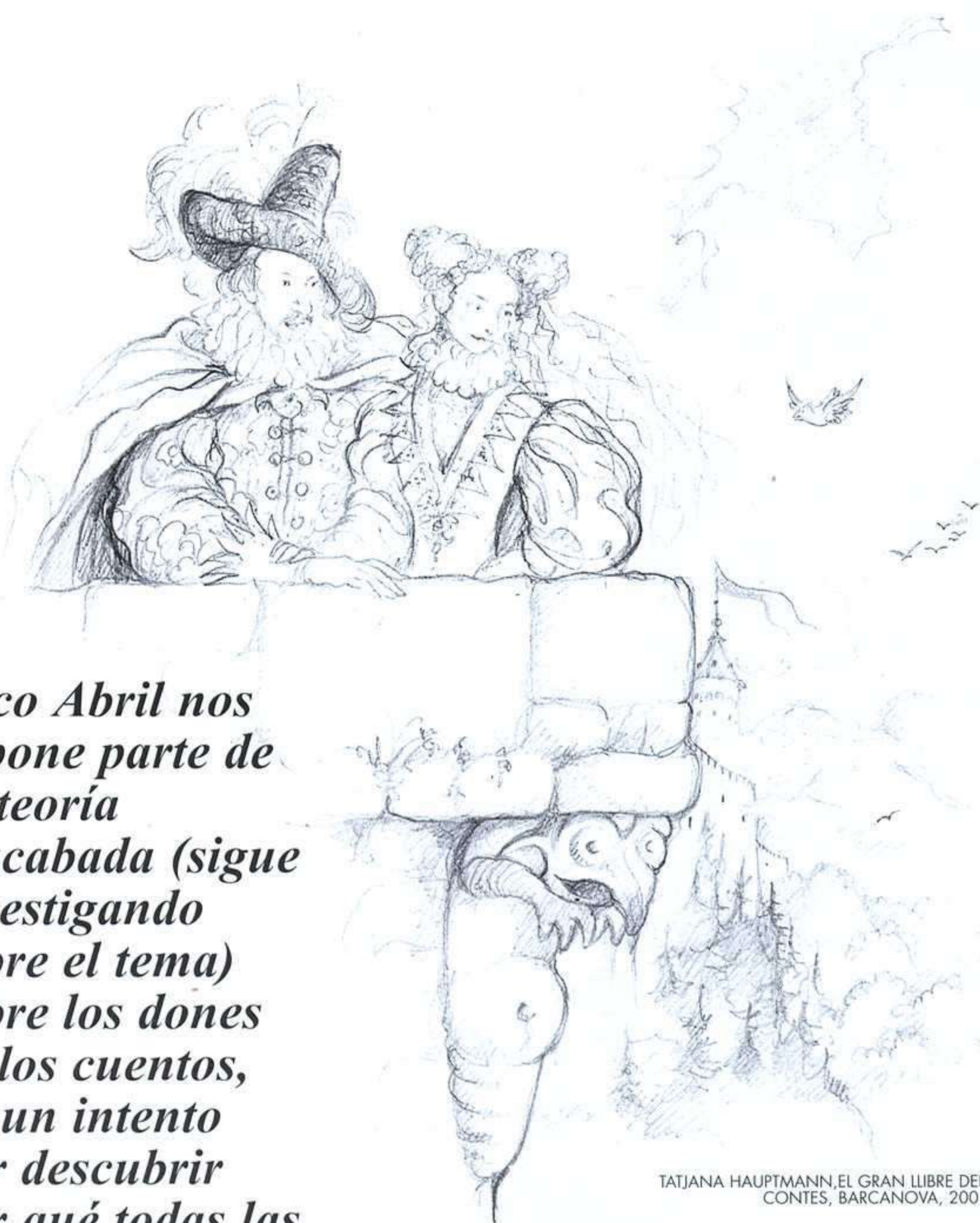


Los dones de los cuentos

Paco Abril*

Paco Abril nos expone parte de su teoría inacabada (sigue investigando sobre el tema) sobre los dones de los cuentos, en un intento por descubrir por qué todas las noches, desde hace siglos, los niños y niñas del mundo solicitan que se les relate un cuento, que escuchan con los cinco sentidos aguzados. ¿Qué es eso tan valioso o necesario que les aportan?



TATJANA HAUPTMANN, EL GRAN LIBRE DELS CONTES, BARCANOVA, 2001.

Afirman los lingüistas que las palabras tienen dos dimensiones, una cognitiva y otra emotiva, y que la dimensión emotiva puede ser a su vez positiva o negativa.

Apliquemos estas dimensiones al cuento. Desde la dimensión emotivo-negativa, la palabra *cuento* ha sido y es sinónimo de embuste, de falsedad. ¿Cuántas veces hemos rechazado una idea, una historia, una argumentación porque nos parecía un cuento, esto es, una mentira? Cuando en una conversación o en una discusión alguien nos envuelve con afirmaciones que consideramos falsas o descabelladas, le espetamos: ¡Mira, déjate de cuentos!

Y desde esta dimensión emotivo-negativa los cuentos son también chismes o enredos que se cuentan de una persona para ponerla a mal con otra.

Una prestigiosa editorial de literatura infantil y juvenil (que por cierto publica cuentos), contagiada por esta dimensión negativa lanzó a través de la televisión un desafortunado eslogan para publicitar una colección juvenil que rezaba: «Tú ya no estás para cuentos». Es decir, tú ya no estás para relatos que sólo son para niños pequeños. Tú tienes que leer algo sólido, no las papillas de los cuentos. A un escritor y político de gran predicamento, le oí decir en la radio que, dado que los cuentos son mentiras, no comprendía esa afición de los niños por las mentiras.

Desde el punto de vista emotivo-positivo, los cuentos, unidos a la lectura, son

algo así como una religión que tiene el poder de salvar a quienes los escuchan. Hay que oír a los creyentes de esta religión defender el cuento y la lectura con devoción mística. Pero no voy a detenerme más en estos aspectos emotivos, pues quiero centrarme en la dimensión cognitiva de los cuentos, esto es, en lo que realmente ofrecen estos relatos a los niños y niñas que los escuchan. Dificil tarea, por otra parte, dado que todo lo humano está bañado en emotividad.

Los cuentos: una necesidad vital

He elaborado esta teoría, y perdón por la pretenciosidad de llamarla teoría, desde los cimientos de las dudas. Y las dudas, compartiendo lo que decía Enrique Vila-Matas, se me han agigantado frente a las verdades de antaño.

Voy a exponer una síntesis de la investigación que he iniciado tratando de averiguar por qué todas las noches, antes de disponerse a dormir, miles de bocas infantiles, en diferentes lenguas, solicitan que se les relate un cuento, como si fuera el pasaporte imprescindible para adentrarse en el país de los sueños.

Nadie escucha con mayor interés que un niño o una niña que está oyendo un cuento que le fascina. Podemos asegurar que lo hace con los cinco sentidos. Por eso las preguntas que estimularon mi investigación fueron: ¿por qué los cuentos tienen ese enorme y misterioso poder de atracción? ¿Por qué los niños y las niñas

reclaman cuentos como si les fuera la vida en ello? ¿Qué les dan esas ficciones que tanto les atraen?

Me puse a la tarea indagadora navegando por la extensa red de libros y de autores que podían ayudarme a encontrar respuesta a estas preguntas. Paul Auster, uno de los pocos autores que casi siempre hace alguna referencia atinada a la infancia en sus relatos, dice en *La invención de la soledad*: «Dicen que si los seres humanos no pudieran soñar por las noches se volverían locos; del mismo modo, si a un niño no se le permite entrar en el mundo de lo imaginario, nunca llegará a asumir la realidad. La necesidad de relatos de un niño es tan fundamental como su necesidad de comida y se manifiesta del mismo modo que el hambre».

En efecto, los cuentos, las ficciones para los más pequeños, son una necesidad vital, eso ha quedado bien patente en observaciones realizadas en todo el mundo.

Me esforcé, entonces, en buscar razones que explicaran esta necesidad. Y así fui elaborando una hipótesis de partida: los cuentos se dirigen al oído emocional de los niños. Ese oído está muy desarrollado en la infancia, incluso me atrevería a decir, que es su oído más fino. Los cuentos son, en definitiva, un mapa emocional de la infancia que les permite encontrar el camino para cubrir esas necesidades apremiantes.

Tirando del hilo de esta hipótesis llegué a la conclusión de que cuando se les cuentan cuentos a las niñas y a los niños

se les ofrecen diversos dones que responden a esas demandas perentorias. ¿Cuáles son estos dones?

Don del afecto

Voy a detenerme en los que he descubierto hasta ahora, sin descartar que aparezca alguno nuevo, dado que sigo investigando sobre este asunto a tiempo pleno.

Bien, pues uno de estos dones —que relato en primer lugar sólo por razones de exposición, sin pretender destacar unos sobre otros— es el don del afecto. Cuando le contamos un cuento a un niño le decimos, sin decírselo con palabras: «Te cuento este cuento porque te considero, porque te valoro, porque te tengo en cuenta, es decir, porque te quiero». Ya decía Carmen Martín Gaité en *El cuento de nunca acabar* que los relatos, así contados, eran «una prueba de atención y de amor por parte del narrador».

Resulta, sin embargo, desazonador para un investigador del comportamiento humano comprobar que nacemos con dos conductas contradictorias, al menos en apariencia.

A una se la ha denominado conducta de apego; a la otra, conducta exploratoria. La conducta de apego es un vínculo afectivo que establecemos entre nosotros y las personas que nos proporcionan los cuidados necesarios para sobrevivir, generalmente nuestros padres. Esto es, nacemos con una clarísima necesidad afectiva, o lo que es lo mismo, somos se-



TATIANA HAUPTMANN, EL GRAN LLIBRE DELS CONTES, BARCANOVA, 2001.



TATIANA HAUPTMANN, EL GRAN LLIBRE DELS CONTES, BARCANOVA, 2001.



JESÚS GABÁN, «CAPERUCITA ROJA» EN LOS MARAVILLOSOS CUENTOS DE SIEMPRE, ANAYA, 2002.

res que necesitamos ser queridos. Los seres humanos venimos al mundo, pues, con una permanente necesidad afectiva.

Al otro tipo de conducta, los científicos la han denominado conducta exploratoria. Desde que salimos del confortable útero materno queremos saber. Los investigadores afirman que en nuestro código genético hay dispositivos innatos que nos conducen a interesarnos por lo nuevo, a aventurarnos al exterior, a explorar, a aprender, a querer explicarnos la realidad. Es decir, que nacemos siendo potenciales lectores de vida.

La conducta exploratoria, nos lanza hacia las afueras de nosotros mismos en pos del conocimiento; la otra, la de apego, quiere quedarse cerca de las personas queridas, en el entorno que da seguridad, próximo e íntimo.

Estas dos conductas, en apariencia contradictorias, como se dijo, están, sin embargo, íntimamente relacionadas. Esto sí que es realmente sorprendente.

Si un bebé se siente querido, querrá jugar, conocer y descubrir el mundo. Si, por el contrario, siente amenazado su

afecto, se negará a jugar y a realizar cualquier intento de exploración. La vitamina A del afecto nos permite crecer por donde no se ve, pero se nota. Ya decía Goethe que «sentirse amado da más fuerza que sentirse fuerte». Por eso las palabras con las que estén contruidos los cuentos para ser efectivas tienen que ser afectivas.

Don del acercamiento

Los cuentos, como trataré de demostrar, no sólo satisfacen la necesidad afectiva que reclama la conducta de apego, sino que propician también el desarrollo de la conducta exploratoria. Y así entramos en otro don que voy a denominar, de manera provisional, don del acercamiento a la realidad o del círculo cuadrado.

Mi indagación no se circunscribió solamente a formular hipótesis y a escuchar a los expertos, también me interesaba la opinión de la gente de la calle. A una breve encuesta de cuatro preguntas, una persona joven, dinámica y em-

prendedora, que pronto iba a tener descendencia, me contestó de esta manera:

¿Cree que los cuentos son sólo para niños? Respuesta contundente: «Sí». ¿Le gustan a usted los cuentos? Respuesta más contundente aún: «No, son mentiras». ¿Es bueno contarles cuentos a los niños y a las niñas? Respuesta cínica: «Sí, porque puedes contarles mentiras y llevarlos a tu terreno». ¿Qué opinión le merece un adulto al que le gustan los cuentos? Respuesta muy sincera: «Que no son adultos, no viven en el mundo real, como mi mujer».

En mi investigación me encontré con mucha gente convencida, como el individuo de la encuesta, y como dije al principio, de que los cuentos son mentiras. ¿Lo son? Ni mucho menos. Los cuentos son la forma de contar la verdad de otra manera. Una manera que parece mentira, pero que no lo es.

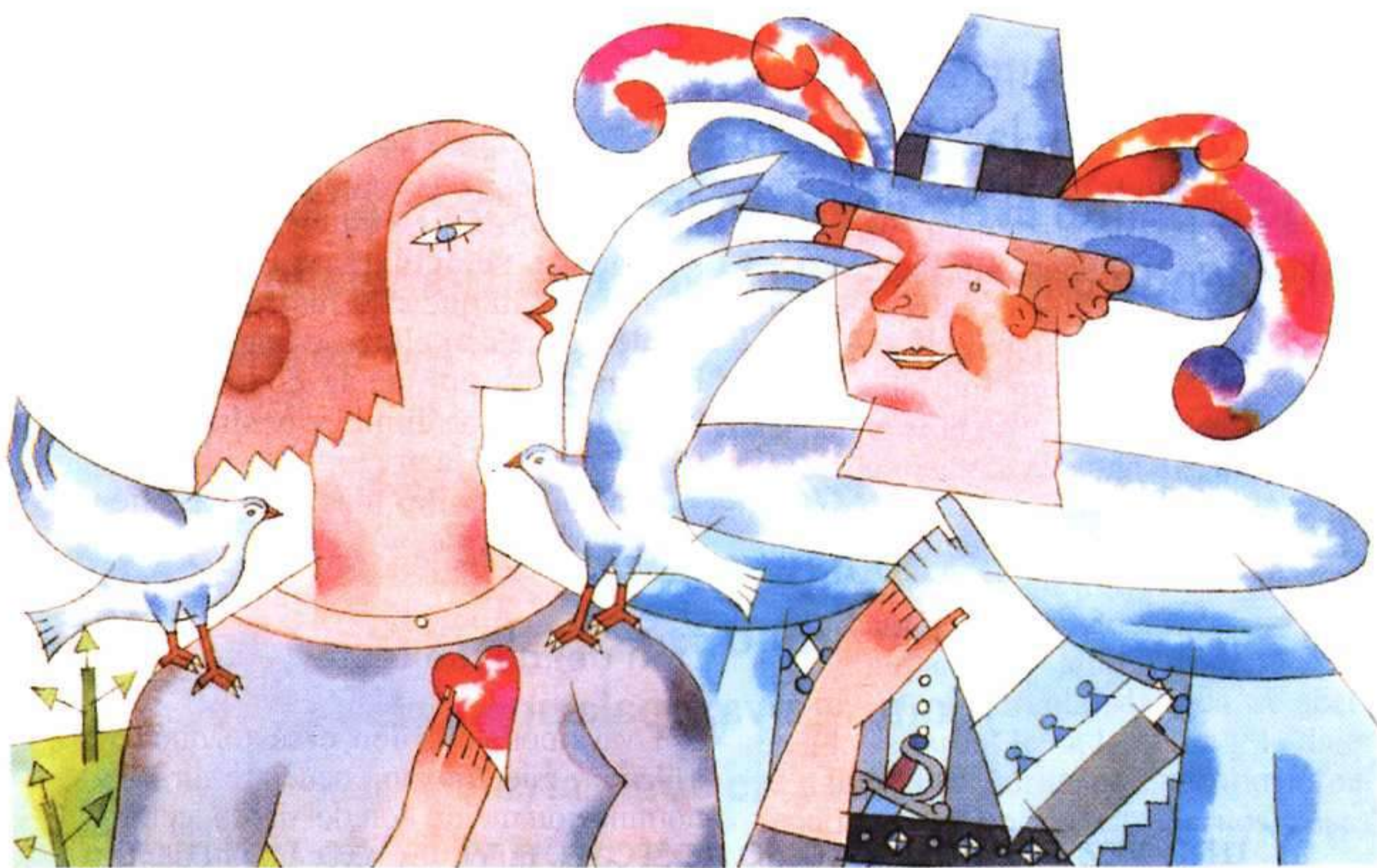
¿Nadie se ha dado cuenta todavía de que si los cuentos fueran mentiras, los niños y las niñas serían los primeros en rechazarlos? Ellos anhelan verdades. La mentira pertenece más al mundo adulto que al mundo de la infancia. Aunque a Pinocho de Collodi le crezca la nariz por embustero, los auténticos mentirosos son los adultos representados por la zorra y el gato.

A quien lee o escucha un cuento, no le importa que la trama transcurra en un planeta inexistente, debajo del mar o al otro lado de un espejo. Tampoco le importa que sus protagonistas sean pájaros que hablan, humanos alados o árboles que corren por el bosque. Lo que les importa es la verdad de la que esté impregnada esa historia. Por eso los niños y las niñas rechazan, por mentirosos, esos cuentos que pretenden aleccionarlos para que se porten bien o se apliquen en sus estudios. Ésos sí que son relatos mentirosos.

Porque los cuentos, aunque estén contruidos con los materiales de las mentiras, tienen el poder de acercarnos a la verdad de la realidad y a la verdad de nosotros mismos. Ése es el círculo cuadrado de los cuentos.

Don de la fuga

Pero si bien los buenos cuentos permiten que los niños y niñas se acerquen



MIGUEL CALATAYUD, «CENICIENTA» EN LOS MARAVILLOSOS CUENTOS DE SIEMPRE, ANAYA, 2002.

a la cruda realidad del mundo, a la vez, y parece que vamos de contradicción en contradicción, les permiten liberarse de la tensión que les produce esa misma realidad. Les permiten fugarse de ella, alejarse de la opresión de lo cotidiano, de las normas, las imposiciones, los avisos, las recomendaciones y las recriminaciones.

Y ése será otro don que voy a llamar don de la fuga.

Los cuentos son, sin duda, el singular vehículo que puede igualmente trasladarnos a una isla perdida que llevarnos a lo más profundo de nosotros mismos, ese lugar que está aún más lejos que lo más lejos, porque de acuerdo con un antiguo proverbio, «el corazón humano está más lejos que el fin del mundo».

Un inmejorable texto para ilustrar este don de la fuga es el que escribió Andrea, una niña de 7 años. Le había pedido (para publicar en el suplemento infantil *La Oreja Verde*, que edito desde hace trece años para un periódico asturiano) que hablara de su monstruo interior, un monstruo que estaba hecho con lo que menos le gustaba de sí misma. Y tenía que ponerle un nombre, que era el suyo con las letras cambiadas. La descripción de su *monstrua* terminaba así: «Denara tiene unas pequeñas alas con las que vuela a otro mundo cuando su madre le pide que recoja su habitación». Proporcionarnos alas, permitirnos viajar a mundos desconocidos y, a la vez, es-

caparnos de lo que nos oprime y angustia es, en resumen, lo que nos proporciona ese don de la fuga.

Don del consuelo

Otro don, emparentado con el anterior, lo he denominado el don del consuelo. Consolar, dice el diccionario de la

Real Academia Española, es aliviar la pena o aflicción de alguien. Y los cuentos producen este efecto consolador. Un narrador quechua afirmaba que los cuentos se contaban para dormir el miedo. Rudyard Kipling llegó a decir que «las palabras son, por supuesto, la droga más poderosa usada por la humanidad».

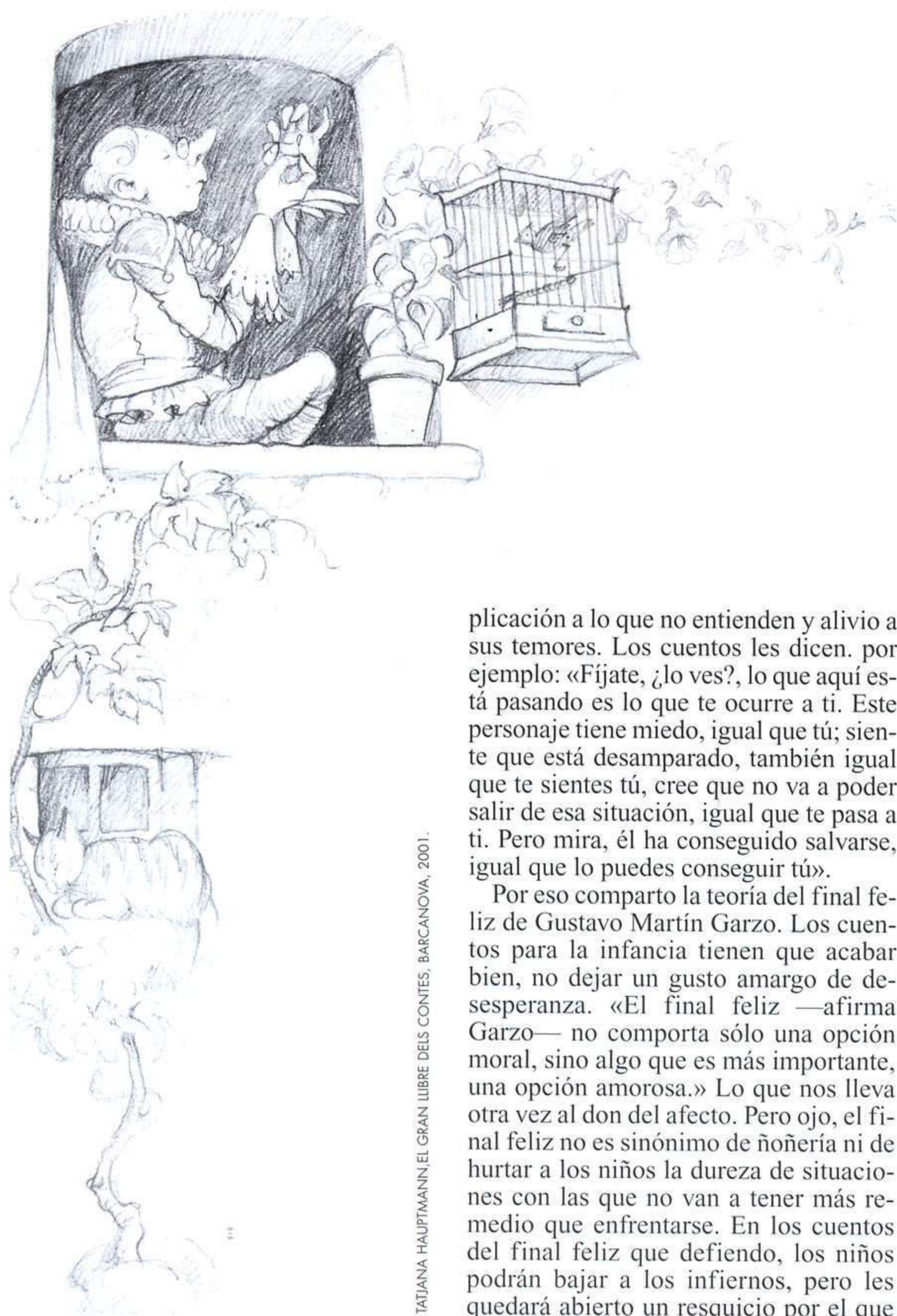
Recordemos que los seres humanos somos criaturas ávidas de palabras. Los cuentos están contruidos con ellas, por eso nos proporcionan también el don de la palabra. Las palabras de los cuentos no son ruidos carentes de significado, al contrario, son palabras significativas que tienen sentido. El lenguaje se transforma en ellos, sobre todo para los niños y las niñas, en un masaje aliviador, aunque pasen miedo al escucharlos.

Don de la identificación

Y vayamos a otro don, y ya son cinco; lo denominaré don de la identificación. Los niños y las niñas se ven reflejados en los cuentos como si estuvieran viéndose en un espejo. Ven en ese espejo como otros están pasando por vicisitudes semejantes a las suyas y se identifican con ellos. Esos personajes y las situacio-



MARÍA JESÚS SANTOS, «PULGARCITO» EN LOS MARAVILLOSOS CUENTOS DE SIEMPRE, ANAYA, 2002.



TATJANA HAUPTMANN, EL GRAN LIBRE DELS CONTES, BARCANOVA, 2001.

nes por las que pasan les dan claves para entender lo que ellos mismos sienten, aunque no se lo sepan explicar a los adultos. La razón por la que muchos niños y niñas piden que se les repita una y otra noche el mismo cuento puede ser, precisamente, porque encuentran en ese relato identificación con sus personajes, ex-

plicación a lo que no entienden y alivio a sus temores. Los cuentos les dicen, por ejemplo: «Fíjate, ¿lo ves?, lo que aquí está pasando es lo que te ocurre a ti. Este personaje tiene miedo, igual que tú; siente que está desamparado, también igual que te sientes tú, cree que no va a poder salir de esa situación, igual que te pasa a ti. Pero mira, él ha conseguido salvarse, igual que lo puedes conseguir tú».

Por eso comparto la teoría del final feliz de Gustavo Martín Garzo. Los cuentos para la infancia tienen que acabar bien, no dejar un gusto amargo de desesperanza. «El final feliz —afirma Garzo— no comporta sólo una opción moral, sino algo que es más importante, una opción amorosa.» Lo que nos lleva otra vez al don del afecto. Pero ojo, el final feliz no es sinónimo de ñoñería ni de hurtar a los niños la dureza de situaciones con las que no van a tener más remedio que enfrentarse. En los cuentos del final feliz que defiendo, los niños podrán bajar a los infiernos, pero les quedará abierto un resquicio por el que podrán escapar de ellos.

Está aún por investigar por qué y cómo se producen las identificaciones de los niños y niñas con los personajes de los cuentos. Bruno Bettelheim, en su imprescindible libro *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (imprescindible incluso para aquellos que no comparten las concepciones psicoanalíticas), nos abre los ojos y los oídos sobre esta cuestión

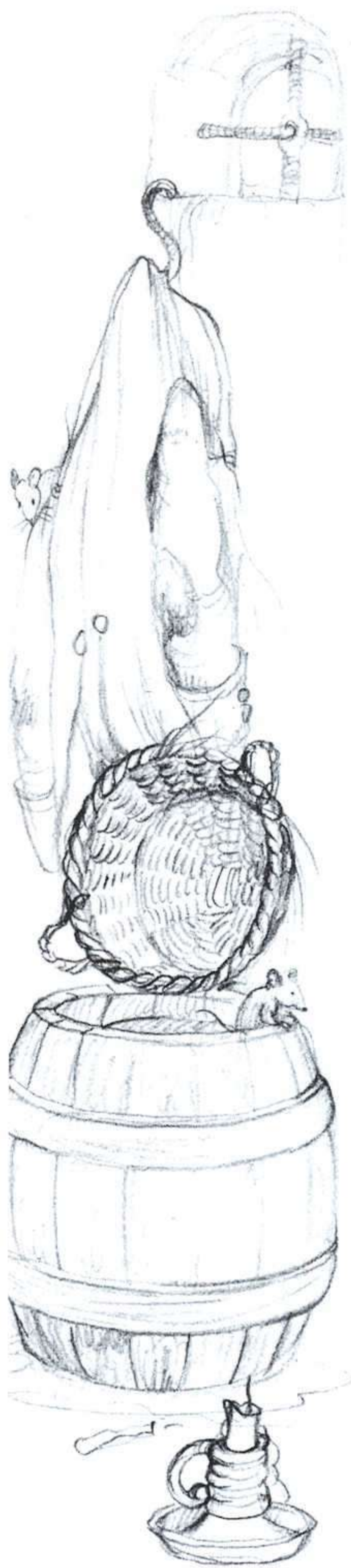
cuando dice: «Las elecciones de un niño se basan más en quién provoca sus simpatías o su antipatía que en lo que está bien o lo que está mal. El niño no se identifica con el héroe bueno por su bondad, sino porque la condición de héroe le atrae profunda y positivamente. Para el niño la pregunta no es ¿quiero ser bueno?, sino más bien ¿a quién quiero parecerme?».

Don del deseo lector

Y vayamos a otro don, el sexto, que voy a llamar, mientras no encuentre otra denominación mejor, don del deseo lector.

Si a los niños les ofrecemos cuentos que les fascinen, desearán, cuando aprendan a leer, seguir leyendo, porque estarán seguros, por haberlo comprobado, de que en los libros hallarán todo tipo de historias apasionantes. Y querrán leer relatos de ficción, porque seguirán siendo su inmejorable mapa emocional, pero, a la vez, querrán también leer libros de conocimientos, porque satisfarán con ellos su curiosidad innata, su conducta exploratoria. Pero, ay, si la escuela enseña a leer con libros tediosos, repetitivos, sin ningún interés para los niños, éstos pronto se decepcionarán y abandonarán su práctica yendo a engrosar las filas de los analfabetos funcionales.

Quizá quienes con más rigor han estudiado el aprendizaje de la lectura, teniendo en cuenta los intereses de los niños, hayan sido Bruno Bettelheim y Karen Zelan. En su libro *Aprender a leer*, publicado en 1981 y hoy casi inencontrable, a pesar de su vigencia, dicen: «Nuestra tesis es que el aprendizaje, especialmente el de la lectura, debe abrir al niño la impresión de que a través de él se abrirán nuevos mundos a su mente y a su imaginación. Y esto no resultaría difícil si enseñáramos a leer de otra manera. Ver cómo un niño pierde la noción del mundo u olvida todas sus preocupaciones cuando lee una historia que le fascina, ver cómo vive en el mundo de fantasía descrito por dicha historia incluso mucho después de haber terminado de leerla, es algo que demuestra la facilidad con que los libros cautivan a los niños pequeños, siempre que se trate de libros apropiados».



TATJANA HAUPTMANN, EL GRAN LLIBRE DELS CONTES, BARCANOVA, 2001.

Una historieta de Mafalda nos ilustra, mejor que un tratado de pedagogía, cómo se puede conseguir que los escolares rechacen la lectura.

Quino, el genial creador de esta niña entrañable, nos muestra a una maestra de pie delante de la pizarra. Mientras escribe, la maestra les dice a sus alumnos en voz alta: «La m con la a ma. Ma y ma, mamá. La m con la e me. La m con la i mi. Fijaos ahora en lo que escribo. Repetid conmigo: Mí mama me mima, mí mamá me ama, yo amo a mi mamá...». De repente se levanta Mafalda, se acerca a la señorita, le da la mano y le dice: «La felicito, señorita, es usted muy afortunada, pero podría enseñarnos cosas más interesantes».

Enseñar para descifrar, como demasiadas veces se ha hecho, y se sigue haciendo en la escuela, no es enseñar para interesar. Esa enseñanza de la lectura, podrá servir para que los niños resuelvan las tareas escolares, pero no fructificará en lectores permanentes. Los niños y niñas a los que se leen cuentos que respondan a sus vivencias y a sus intereses querrán leerlos ellos después, porque esas lecturas les demuestran que merece la pena aprender a leer para poder acceder por su cuenta a esos mundos abiertos a todos los mundos que son los libros.

Don del conocimiento y de la imaginación

Y paso a enunciar el penúltimo don y con éste son ocho. Lo he llamado el don del conocimiento.

Los cuentos no sólo dan explicaciones

vitales a los niños, también les suscitan todo tipo de preguntas. Las preguntas son la génesis del conocimiento, son algo así como el motor de la conducta exploratoria.

El noveno y último don que he descubierto hasta el momento es el don de la imaginación. Uno de los más grandes psicólogos de toda la historia, L. S. Vigotski, escribió un libro que se tradujo al español con el título *La imaginación y el arte en la infancia*. En menos de cien páginas nos habla del decisivo papel que la imaginación ha desempeñado y desempeña en la vida de los seres humanos. La imaginación no sólo no es la loca de la casa, como tantas veces se ha dicho, sino que es una capacidad sin la cual, la humanidad no hubiera podido salir del estado animal, ya que como escribió Vigotski: «Todo lo que nos rodea y ha sido creado por la mano del hombre, todo el mundo de la cultura, a diferencia del mundo de la naturaleza, todo ello es producto de la imaginación y de la creación humana, basado en la imaginación». Y los cuentos son uno de los más refinados productos de la imaginación humana. ■

*Paco Abril es escritor, cuentacuentos, creador y director del suplemento infantil *La Oreja Verde*, así como director de Programas de la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.

El artículo es un extracto de la ponencia «Los dones de los cuentos», que leyó en el VIII Simposio sobre Literatura Infantil y Lectura, organizado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez.



TATJANA HAUPTMANN, EL GRAN LLIBRE DELS CONTES, BARCANOVA, 2001.